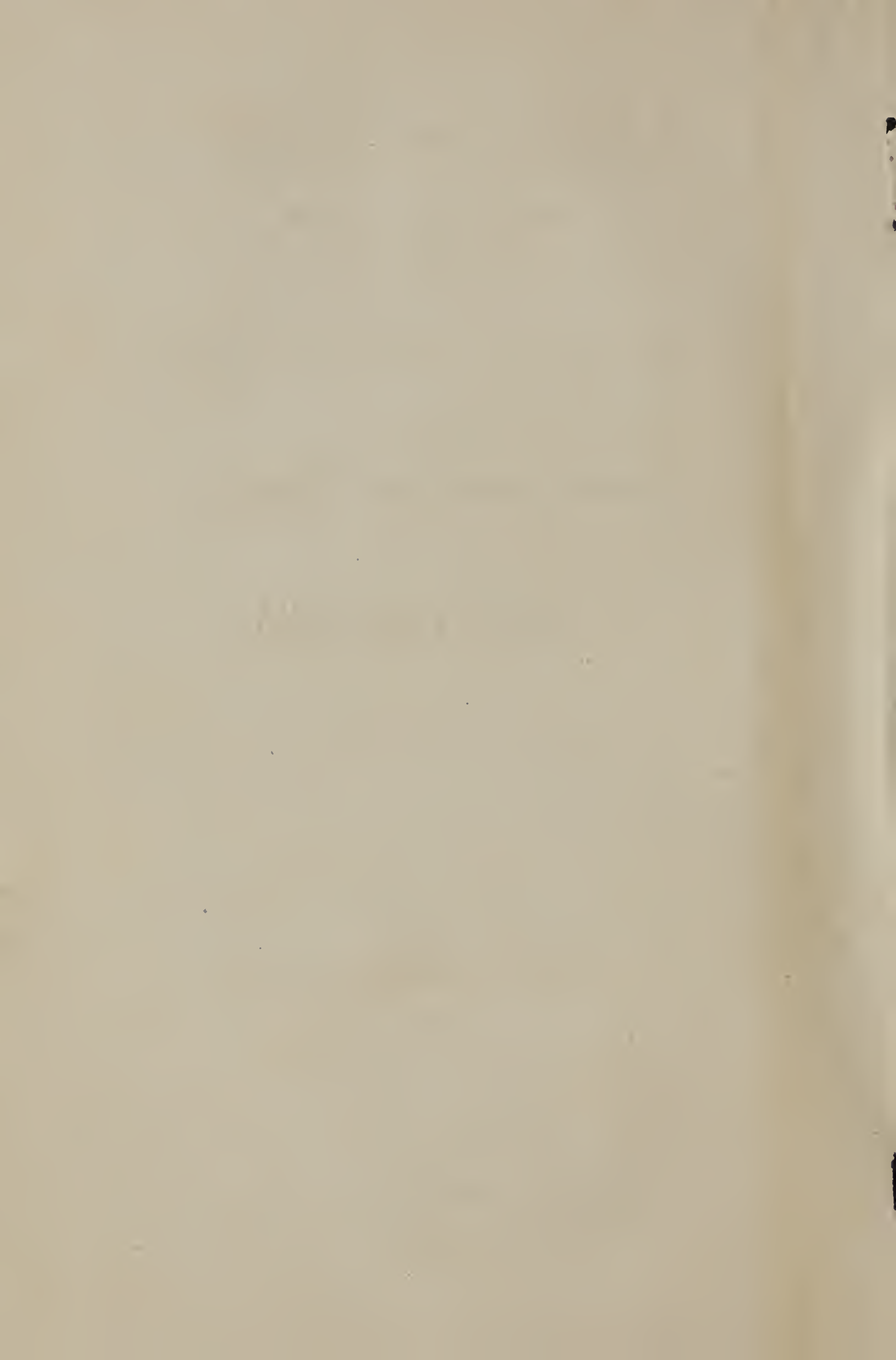
LUZ Y SOMBRA.



LUZ Y SOMBRA,

BALADA LÍRICO-DRAMÁTICA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

escrita en parte con el pensamiento de una obra francesa,

POR

DON NARCISO SERRA,

Y PUESTA EN MÚSICA POR EL MAESTRO

D. MANUEL FERNANDEZ CABALLERO.

Representada por primera vez, con extraordinario éxito, en el teatro de la Zarzuela, en la noche del 18 de Octubre de 1867.

TERCERA EDICION.

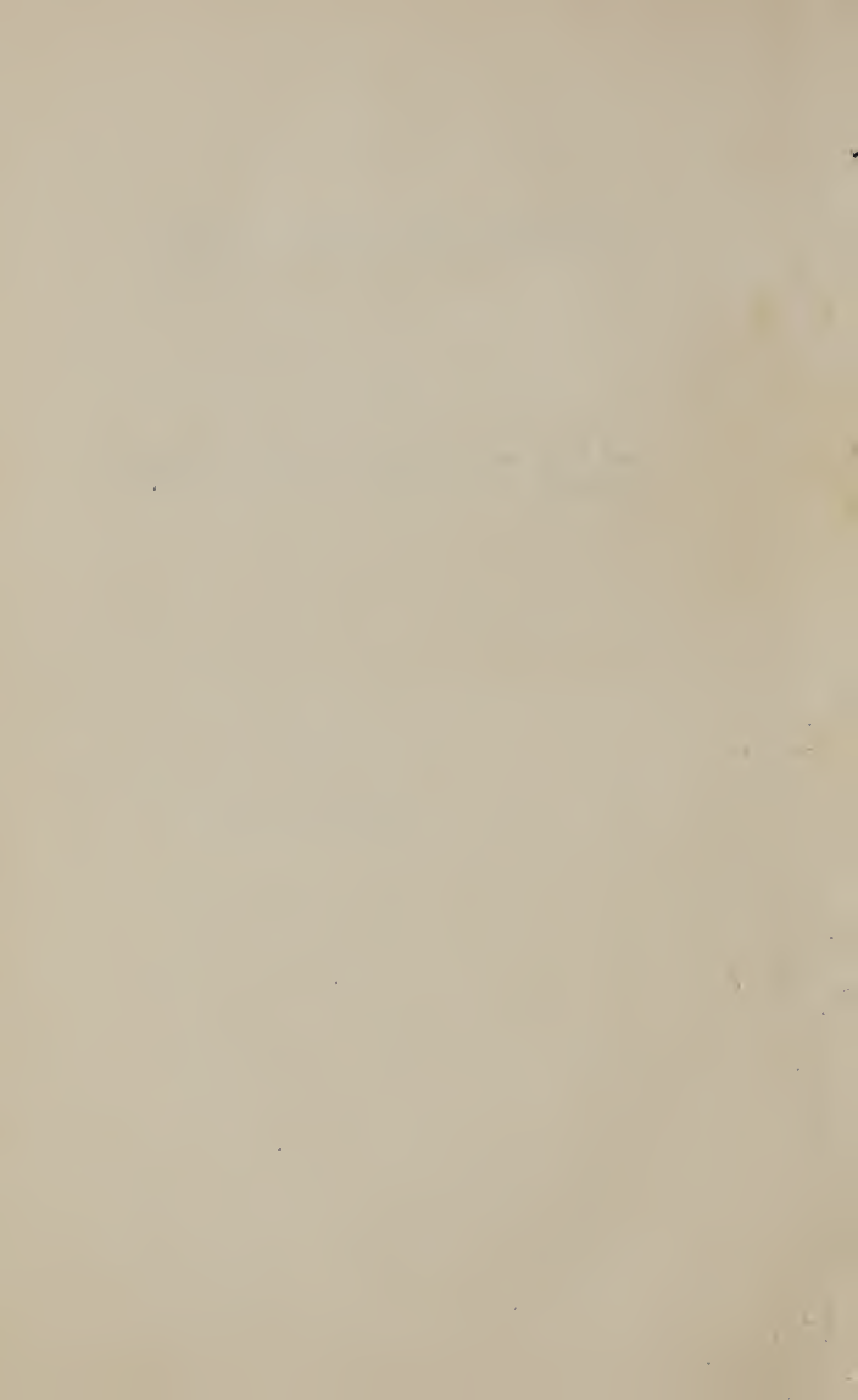
MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.



Á LA SEÑORITA DOÑA ROSA DOT Y MICHANS,

Dedica esta obra como una débil pruebra de su inmenso fraternal cariño

Narciso Serra.



DOS PALABRAS.

Esta obra está escrita hace nueve años; siete que ha tardado la pereza del Sr. Caballero en ponerle la música, y dos que ha estado archivada por no tener reparto. *Un año* despues de escrita cayó en mis manos la comedia francesa *La hija del rey René*, con quien tiene algunos puntos de contacto; por delicadeza no la llamo *original;* pero conste que es tan original mia, como del autor francés.

PERSONAJES.		ACTORES.
AURORA...............	SRA.	ZAMACOIS.
JESUSA................		CUSTODIO.
DON JUAN............	SR.	LANDA.
GINÉS.................		CALTAÑAZOR.
GONZALO..............		SANZ.
EL DOCTOR...........		CALVET.

La escena se supone á mediados del siglo XVII y en casa de D. Juan.

ACTO PRIMERO.

Jardin cercado por un muro.

ESCENA PRIMERA.

AURORA, cogiendo flores sin bajar la cabeza.

CANTO.

Flores purísimas
de mi jardin,
hermanas mias,
ya estoy aquí:
que tengais todas
tarde feliz;
casta azucena,
terso alhelí,
fresca verbena,
suave jazmin,
venid sobre mi pecho
y en él vivid.

—

Abristeis vuestro capullo
de mis besos al calor,
vuestra alma, que es vuestro aroma,
refresca mi corazon.

—

Flores purísimas

de mi jardin,
mi corazon se quema,
venid, venid.

—

GONZ. (Canta detrás del muro.)
Alma del alma,
rayo de sol,
flor solitaria
del corazon,
vuelvo á tu lado,
oye mi voz.

AUR. Eco que al alma
loca responde,
voz que me llama
de no sé dónde,
y entre mis flores
llega hasta mí,
sueño de amores
vivo por tí.
Entre las flores
mi amor te di;
sueño de amores,
vivo por tí.

(Cesa el canto. Aurora se va pensativa y siempre arrancando flores; aparecen sobre el muro Gonzalo, que descuelga con una banda á Ginés, ciego, con palo y guitarra.)

ESCENA II.

GONZALO, GINÉS.

HABLADO.

GINÉS. Hoé, señor capitan,
no suelte usarcé la banda,
que yo no me veo el cuerpo
y puedo romperme el alma.

GONZ. Tocas ya tierra?

GINÉS. Ya toco.

GONZ. Pues ahora acude á tu maña,
intriga, rebusca y miente

y haz cuanto te diere gana,
que si una puerta me buscas
por donde entre y donde salga,
sales de mendigo.

GINÉS. No.

GONZ. Tanto el oficio te agrada?

GINÉS. Es lo mejor que yo he visto
desde que soy ciego.

GONZ. Anda,
y cuidado.

GINÉS. No hay cuidado,
que si la vista me falta,
el olfato y el oido
y las manos no son mancas.
Si no puedo abrir la reja,
idos por donde la tapia
del cercado es más pequeña,
seré estribo, y santas pascuas.
Si hallo á la niña, billete!
si encuentro al padre, guitarra;
si encuentro la dueña, rezo;
si me encuentra un perro, estaca;
si me quieren pegar, chillo;
si me pegan, lloro y paran.
Quién ha de pegar á un ciego?
Todo tiene sus ventajas.
Todo derecho, eh?

GONZ. Derecho.

GINÉS. Adelante y cierra España:
soldado inválido soy,
y tal la guerra me agrada,
que en guerras civiles vivo
si no en campales batallas. (Váse.)

ESCENA III.

D. JUAN, el DOCTOR.

DOCTOR. Podeis hablar ya?

JUAN. Creí
haber escuchado!...

DOCTOR. Nada,

algun ruiseñor sin duda
que se estremece en las ramas.

JUAN. Dispensad, todo me asusta,
Doctor!

DOCTOR. Y á mí más me extraña
todo cuanto noto en vos;
y á no veros bien la cara,
jurára no sois el mismo
que en otra edad más bizarra,
á mi lado y por su rey,
quebrantó más de una lanza.
Hidalgo, esquivais la córte;
soldado, dejais las armas;
amigo, olvidais los vuestros;
valiente, os cercais la casa;
no lo entiendo, vive Cristo,
y de dudas no me saca,
ni vuestro tenaz silencio,
ni vuestra equívoca carta.
«Venid, salvad mi tesoro.»
Aquel que tesoros guarda,
tal vez es avaro!...

JUAN. Y mucho!

DOCTOR. De fortuna?

JUAN. De desgracia!

DOCTOR. La desgracia amais?

JUAN. La adoro!

DOCTOR. Qué teneis en ella?

JUAN. El alma!

DOCTOR. El alma decis?

JUAN. Lo digo.

DOCTOR. Dios os oye!

JUAN. Dios lo manda,
y hasta en el dolor, respeto
su voluntad soberana.
Que sois mi amigo...

DOCTOR. Es sabido;
desde la más tierna infancia
juntarnos quiso la suerte;
juntos hicimos campañas,
en Portugal, con mosquetes,
con libros, en Salamanca.

JUAN. Que me quereis bien, lo sé,
y aunque mi ausencia fué larga,
mi soledad alegraron
las nuevas de vuestra fama.
Sois el primero en la ciencia
de curar; en vos se hermanan
el entendimiento experto
y la doctrina escolástica.
Decidme, y pensadlo bien:
¿puede sin sol una planta
vivir, aunque viva enferma;
no es verdad? pero si atacan
su raiz, se seca y muere...

DOCTOR. No es que muere, es que la matan!

JUAN. La matan? Y en la influencia
que tiene en la humana máquina
lo moral, cuando un dolor,
filtrándose desde el alma,
pretende juntar el cuerpo
á la tierra que le llama,
¿puede haber una alegria
ó un dolor mayor, que haga
cambiar de rumbo al espíritu
y vivir al cuerpo?

DOCTOR. Extraña
pregunta.

JUAN. No la extrañeis.
Mata el amor, ó no mata?

DOCTOR. Cuestion es esa, don Juan,
que, quizá por ser muy árdua,
la juzga el mundo con risa
y no se decide en cátedra.
Nadie se muere de amor;
por lo ménos, no se llama
por ese nombre ninguna
enfermedad ordinaria;
pero la fiebre que quema,
y hasta la demencia exalta;
la hipocondria que al débil
cuerpo consume y estraga;
la excitacion cerebral;
la ictericia, cuya lava,

hasta el brillo de los ojos
con su impuro rastro empaña;
cuando en un enfermo jóven
se ceban, mucho se engaña
mi experiencia, ó en el amor
tienen su orígen y causa.
El mundo es loco y se rie
del amor, y no le llama
enfermedad, porque no
tiene medios de curarla.
Es la esencia de la vida;
es el tributo que paga
el mundo entero; es el lazo
que junta opuestas distancias;
es una flor del espíritu,
que, rompiendo la mundana
cárcel, quiere en otro vaso
verter su pura fragancia;
pero si el vaso no encuentra,
ó si el vaso le rechaza,
vuela el espíritu al cielo
y el cuerpo muere y descansa..
Esta es mi opinion, por más
que alardes cínicos haga
por moda la juventud,
que en el fondo no es tan mala
como quiere aparentar;
que todos dentro del alma
tienen una flor de amores
que no vive solitaria!
Qué caudillo no se ha puesto
de hinojos ante una dama?
Qué héroe al despedir su amor
le ha despedido sin lágrimas?
y las lágrimas, don Juan,
descompuestas y ensayadas,
físicamente, son cal;
por eso, cuando resbalan
por su redolido surco,
al par que mojan, abrasan!

JUAN. Escrita con esa tinta
tengo yo una historia amarga..

curad el mal si podeis,
intimad la confianza.
Pobre Aurora!

DOCTOR. Aurora!

JUAN. Mi hija!
la hija de mis entrañas;
más hermosa que un lucero,
más pura que una alborada,
más infeliz que yo mismo,
más dulce que una esperanza...

DOCTOR. Enferma?

JUAN. Herida de muerte!
No conoce su desgracia;
el corazon la asesina,
el pensamiento la mata.
Flota su alma en otro mundo
distinto del en que se halla;
su mal está en que es un ángel
que tiene ocultas las alas;
temo que las tienda un dia,
y aquí me deje y se vaya.
Mirad qué hermosa. (Le enseña un retrato.)

DOCTOR. Sí, hermosa!

JUAN. Verdad que sí? Y no veis nada
que os extrañe?

DOCTOR. Sí, sí! Cielos!
á pesar de que es tan clara
la luz que dan, estos ojos
estan ciegos!

JUAN. Vuestra fama
no miente; sois el primero
que viéndola retratada
adivinó su desdicha!
Gente ha habido que, aun tratándola,
ni lo sospechó siquiera.
Y esta es la primera página
de la historia que os confio
y que mi existencia amarga.
Ya recordareis de mí
cuando á la guerra llegué;
en hora menguada fuí,
que el alma entera dejé

cuando á la guerra partí.
Dos séres como dos flores
perdieron á mi partida
sus purísimos colores;
la mujer que amé en la vida,
y el ángel de mis amores.
Adios! las dije, mis dos
prendas de amante cariño!...
y por qué mentir con vos!...
aun hoy lloro como un niño
cuando recuerdo este adios!
La madre escuchó callando,
la niña gritó extendiendo
sus manecitas temblando;
salió mi corcel corriendo,
la niña le vió riendo,
la madre cayó llorando.
Esa mártir conoció
que yo cumplia una ley
del rey, que á lidiar mandó
la nobleza por el rey,
y era hidalga como yo.
Luché con rudo poder
en la campaña encendida,
temblando de no vencer.
Yo amaba mucho mi vida,
para volverlas á ver.
Herido por fin caí,
cerrásteis mi herida abierta
vos, y la vida os debí;
pero voces de mi incierta
muerte llegaron aquí,
y la madre no podia
encontrar paz en el lecho,
y un dia tras otro dia
llanto de dolor vertia,
la niña apretando al pecho:
mirando á su hija de hinojos
puso sus párpados rojos
aquel llanto; lloró tanto!
y como era cal el llanto
quemó á la niña los ojos;

y yo encontré en la ciudad
que tan valiente me nombra,
rota mi felicidad,
la niña en eterna sombra,
la madre en la eternidad!
Con cristiana valentia
ofrecí el dolor profundo
á Dios, que es el que le envia,
y oré, porque todavia
no estaba solo en el mundo.
Es fruto de mi pasion:
con ojos que ciegos son
mirándome me decia,
que con ellos encendia
la luz en mi corazon!
y hermosa y angelical,
su perfume virginal
vertió sobre mi vejez,
como crece alguna vez
junto á una encina un rosal.
Leyendo su pensamiento,
ví que como conociera
su desgracia verdadera,
la matára el sentimiento,
y la oculté su ceguera.
Retiréla en esta aldea,
no oyó frase porque crea
la desdichada que exista
ni la más remota idea
del sentido de la vista!
Como tan niña cegó,
me ha costado poco empeño,
si alguna vez recordó,
convencerla que fué un sueño
la lumbre que en sueños vió!
Como desde niña está
viviendo en este jardin,
tal costumbre adquirió ya,
que sin un tropiezo va
del uno al otro confin.
Mejoré su condicion
con este engaño, mas, ah!

no me valió mi ficcion,
hoy está ciega y está
enferma del corazon!
Nadie quebrantó mi puerta,
mi hija tiene un verdadero
dolor que á explicar no acierta...
Qué es?

DOCTOR. El suspiro primero
de un corazon que despierta;
es la fuerza del querer,
que hace al corazon latir
buscando el ser de su ser;
y para saber sentir
no se necesita ver.

JUAN. Querer que de ella me priva!
Es ella!... que no perciba
nada por vos.

DOCTOR. Yo os lo fio.

JUAN. Juradlo.

DOCTOR. Juro.

JUAN. Dios mio!
que esté ciega, pero viva!

ESCENA IV.

DICHOS, AURORA, JESUSA.

AURORA. No me coges, dueña...

JESUSA. *Stulta.*
Aunque estais aquí, señor,
pax vobis salutem pluriman,
que el cielo os guarde á los dos.

AURORA. No está solo padre?

JUAN. Aurora,
estoy con aquel Doctor
de quien te hablé tantas veces.

AURORA. Ah! sí!

JUAN. Te acuerdas?

AURORA. Pues no!
Si me has dicho que por él
te conservas á mi amor,
y que á mí me va á poner

buena! Bendígale Dios!
Quereis que os bese las manos?
Quereis una rosa? yo,
como las conozco todas,
os cogeré la mejor.
(Sube al foro á coger flores.)

JESUSA. Sabeis latin? Yo tambien.
Tendremos conversacion
loquendo lingüa latina.
Soy sobrina de un prior
descalzo, que parecia
hermano de Ciceron;
homo sapiens! yo iba á ser
monja, pero acá *inter nos*,
un pastor que no era *Córidon*
me quitó la vocacion,
y me dejó como Eneas
despues de que...

DOCTOR. Por favor!

JUAN. Jesusa!

JESUSA. Dómine!

JUAN. Presto,
aderece habitacion
para el hidalgo, que creo
no nos abandone.

DOCTOR. No,
hasta intentar cuando ménos
cuanto alcance mi razon.

JESUSA. *Letitia habeo*, congratúlome
de que se halle en la mansion
un Esculapio, porque
yo padezco de un dolor
heterogéneo, es decir,
que anda desde la region
capilar á la pedestre.

JUAN. Bien, id.

JESUSA. *Vale*, guárdeos Dios.

ESCENA V.

AURORA, JUAN, el DOCTOR.

AURORA. Bien teneis donde escoger
entre las rosas que os doy;
todas han nacido hoy,
aun eran boton ayer.

DOCTOR. Afirmarás sin error
que hoy han nacido?

AURORA. Lo infiero,
porque el perfume primero
es el más puro y mejor.
Este fragante clavel,
yo le cuidé para tí; (Dirigiéndose á su padre.)
suénente en el alma así
los besos que doy en él:
cara al sol le coloqué
tres dias.

DOCTOR. Cómo?

AURORA. Señor,
poco sabe este Doctor,
ó poco sabe que sé.
Cuando con melancolia
entorna la flor su broche
para dormir, es de noche,
y cuando le abre, es de dia!
Porque de la noche el frio
no haga á las flores temblar,
viene el sol para enjugar
las lágrimas del rocio.
Cuando una niña que es buena
muere y al cielo se va,
de la tierra donde está
nace una casta azucena.
El corazon que al amor
y á la virtud no se cierra,
aun debajo de la tierra
presta su aroma á la flor.

DOCTOR. Niña, encantadora estás!
Quién no te ama como un loco?

AURORA. Doctor, se asombra de poco!...
sé más, sé más, mucho más!
Sé amar á mi padre; sé
oraciones que consuelan,
y hasta el seno de Díos vuelan
en las alas de la fé.
Sé que el mundo es algo ruin,
y mi madre, que me amó,
para vivir yo, formó
dentro del mundo un jardin;
y cuando el viento travieso
refresca la frente mia,
es que mi madre me envia
desde los cielos un beso.
Y como siempre guardada
en mi jardin he vivido
tan feliz, no me han servido
los ojos casi de nada.

DOCTOR. Los ojos! Sabes que son
los ojos?

AURORA. Sí; son dos fuentes
por las que sale á torrentes
la pena del corazon.
Cuando acongoja un pesar
el pecho de la mujer,
moriria á no tener
los ojos para llorar.
El hombre sufre el quebranto,
porque su barro es más fuerte;
la mujer, que es débil, vierte
su dolor trocado en llanto.

DOCTOR. Y tú tambien lloras?

AURORA. Yo...
algo lloro.

JUAN. Aurora mia!

AURORA. Lloro de melancolia,
pero de amargura, no!

JUAN. Oidla. Cuéntale al Doctor
por qué es tu lloroso empeño.

AURORA. Por un sueño.

DOCTOR. Por un sueño!
Con qué sueñas?

AURORA. Con amor.
DOCTOR. Sabes qué es amor?
AURORA. Sí á fé!
Con él el alma soñó;
él por el alma se entró,
y en el alma le guardé;
y al llorar sin saber nada
de aquel afan que sentia,
le dije á mi padre un dia:
padre, estoy enamorada!

CANTO.

Vagando por los ámbitos
de mi jardin un dia,
por un dolor recóndito
penaba el alma mia.
Sentia á mi despecho,
sin causa ni razon,
que dentro de mi pecho
lloraba el corazon.
El perfumado cándido
aroma de mis flores,
el trinado dulcísimo
canto de ruiseñores,
el airecillo tibio,
la brisa al revolar,
en vez de darme alivio
doblaban mi pesar.
Qué tengo? ¡ay triste!
exclamé yo:
y entre los aires
dijo una voz:
amor te falta,
te falta amor;
y á aquel acento
mi corazon,
latió gozoso
partido en dos:
y amaba el canto
del ruiseñor,

y el airecillo
de dulce son;
que en todas partes
aquella voz,
amor decia,
amor, amor!

DOCTOR. Ya se despierta
su corazon;
quien no le siente
ultraja á Dios!

JUAN. Quién á una ciega
la tendrá amor?
Ay si mis tapias
saltó un ladron!
Para adorarla
me basto yo.
No hay quien me robe
su corazon.

AURORA. Ya no escucho aquel acento
entre las alas del viento
arrullador;
ya no alegra el alma mia
aquella voz que decia,
amor, amor!
Sueño del alma,
vuelve otra vez,
sin ese sueño
yo lloraré;
lágrimas mias,
corred, corred!

JUAN. No ames, ¡ay, niña!
luz de mi bien,
que tus amores
no puedes ver!

DOCTOR. Flor delicada,
fuente del bien,
ay! tus amores
no puedes ver!

HABLADO.

JUAN. Aurora, hija de mi vida!
¿sabes qué dice el Doctor?
que aumentas tu propio mal,
con esos sueños, que son
fantasmas que toman cuerpo
de la idea en el calor?

AURORA. Ay, padre! era tan feliz
escuchando aquella voz,
que de gozo me llevaba
las manos al corazon.

JUAN. (Ap. al Doctor.)
Se puede amar á una idea,
pero darle forma, no!
qué sospecha!... Vete, Aurora,
tenemos que hablar los dos.
No veis allí un hombre? (Al Doctor.)

DOCTOR. Sí.

JUAN. Ciertas mis sospechas son!
Vete, Aurora.

AURORA. Te he enojado?

JUAN. Vida de mi vida, no;
sino que... (quién será ese hombre!)
pronto iré á buscarte.

AURORA. Adios.

ESCENA VI.

JUAN, el DOCTOR.

JUAN. Veis lo que yo recelaba?
Un hombre en mi casa entró
á hacerse de su alma dueño,
ó de mi honra ladron!
Yo sabré quién es! Quién va?

ESCENA VII.

DICHOS, GINÉS.

GINÉS. (Ó á mí me engaña el olor,

ó es el padre.)

JUAN. Quién va, digo?
GINÉS. Una limosna por Dios!
JUAN. Por dónde vas?
GINÉS. Por el mundo.
JUAN. Quién te trajo aquí?
GINÉS. Un baston.
JUAN. Qué es lo que buscas?
GINÉS. La vida.
JUAN. Cómo vives?
GINÉS. De mi voz.
JUAN. Cómo entraste aquí?
GINÉS. No sé.
JUAN. Habla, ó mi enojo...
GINÉS. Señor,
ved que soy un infeliz
ciego, sin luz y sin sol,
pero con moscas, porque
el pobre siempre es moscon.
Padres los que teneis hijos,
no tengais este dolor!
JUAN. Oh!
GINÉS. Que no se encuentren...
JUAN. Calla!
GINÉS. Ciegos cual me encuentro yo,
cantando aunque echen las muelas
por esas calles de Dios,
~~á trongas y mosqueteros~~ á gente desocupada
sirviendo de diversion,
yendo á la cola de un perro
que suele tener olor;
animal que al fin y al cabo,
al ciego que le crió,
le almuerza una pantorrilla
ó le come una racion.
JUAN. Nunca un pobre de mi puerta
desconsolado salió,
y un ciego ménos; sin duda
por alguna distraccion
de un criado, entró hasta aquí.
DOCTOR. Pues no lo despidais.
JUAN. No?

GINÉS. (Qué hablarán? Á que sospechan
que aunque soy como el amor,
ciego, soy como Mercurio!...
Dónde estará ¡voto á brios!
la muchacha, para ver
si me da contestacion
al billete...)

JUAN. Ved que es mucho
lo que arriesgais.

DOCTOR. Creo que no.
Cómo cegó, hermano?

GINÉS. Pum!
reventó con explosion
la caña de mi mosquete.
Yo era soldado.

DOCTOR. Uf!

GINÉS. Señor,
qué es ello?

DOCTOR. Bebe y no agua
el buen hermano.

GINÉS. Perdon!
como bebo del barato,
es el que huele peor.
El vino me da alegria,
me robustece la voz.
Oigan la jácara nueva
que un coplero me dictó
á cambio de seis torreznos
y un sombrero de castor.

JACARA.

Van las niñas tapadas
al jubileo,
y teniendo dos ojos
enseñan medio;
pero ese medio es tal,
que alumbra más que alumbra
el cirio pascual.
Los ojos de las chicas de esta tierra,
aunque estén embozados piden guerra.

Que viva el manto
de mi morena,
manto que oculta
su cara bella.
Si otros la viesen,
celos tuviera;
á mí me quiere
y me la enseña,
y es más hermosa
que las estrellas.
Viva mi niña,
y viva el manto
que reboza la cara
que quiero tanto.
Ole con ole!
para las españolas,
los españoles.

HABLADO.

JUAN. Estais resuelto?
DOCTOR. Resuelto.
No puede quedar peor
de lo que está, si no atino
la arriesgada operacion:
de todos modos, el ciego
tiene monedas ó sol.
GINÉS. (Si me voy sin dar la carta,
me da el otro un coscorron;
va á probar en mis costillas
que no en vano se bajó.)
Conque, señores, si un ciego
desdichado como yo...
solo en el mundo...
DOCTOR. Estás solo
en el mundo?
GINÉS. Sí, señor:
tuve mujer y no sé
si la dejé ó me dejó;
yo creo piadosamente
que nos dejamos los dos.
Era una matrona hombruna,

mezcla de hembra y preceptor,
que me hablaba de Cornelio,
cuando yo pedia arroz.
Ella era muy sábia, pero
yo supe que un comadron
no parteaba en latin,
y que ella se le enseñó:
y yo por si habia habido
alguna conjugacion
inoportuna, la dí
una tollina feroz,
y dejé el hogar doméstico
sin decir «ea, con Dios;»
y así solo vivo y bebo
en la mayor afliccion.

DOCTOR. Amas el oro?

GINÉS. (Negocio!)
No he de amarle? Sí, señor.

DOCTOR. Á pocos pasos de aquí
hallarás un pabellon
á la izquierda, allí te aguardo.

GINÉS. Para qué?

DOCTOR. Toma! (*Le da un bolsillo.*)

GINÉS. Venga.

JUAN. Doctor,
vedlo bien.

DOCTOR. Tengo fé en mí,
y tengo esperanza en Dios!

ESCENA VIII.

DICHOS, JESUSA.

JESUSA. Cuando gusteis, ya hay un lecho.

DOCTOR. Teneis que preparar dos.

JESUSA. Dos? ¿*Quare causa*? es decir;
no comprendo la razon...

JUAN. Para ese hombre, y silencio!

ESCENA IX.

JESUSA, GINÉS.

JESUSA. Un hombre hasta aquí se entró!
Nescio modus, no sé el modo
como no sea un gorrion...
es un pobre, un ciego, *frater*
vis loquere mecum?

GINÉS. No
hable usarcé ese dialecto,
porque me da indigestion
desde que mi mujer...

JESUSA. Ah! (Conociéndole.)

GINÉS. Desde que mi mujer...

JESUSA. Oh!

GINÉS. Cansó mi paciencia.

JESUSA. (Es él!)

GINÉS. La muy bribona...

JESUSA. Soy yo!
Ego sum! No te me irás
esta vez.

GINÉS. (Diablo! esa voz!
no, no es posible!)

JESUSA. (Ahora mismo
voy á cerrar el porton.)

GINÉS. (Qué habla la dueña?...)

JESUSA. (Aleluya!
le encontré!)

ESCENA X.

GINÉS.

GINÉS. Que me encontró?
Deberé algo á esta mujer?
Habrá tenido figon,
y como yo nunca veo
lo que bebo?... eh! ruin temor!
Tengo una bolsa repleta
y una buena comision!

busquemos á la muchacha
y luego al otro señor.
Por dónde andará la chica?
por dónde he venido yo?
por qué tengo en la memoria
mi mujer y el sangrador?
(Tropieza en un jarron de piedra.)
no vé ucé por dónde va?
Canastos! ah! es un jarron!...
si hubiera ucé sido un hombre!
me coge ucé de un humor!...

ESCENA XI.

GONZALO, AURORA.

GONZ. Suelta!
AURORA. No, no.
GONZ. Suelta, Aurora!
Deja que lleve mis penas
donde no encuentre las tuyas!
que harto las mias te vengan.
(Ciega enamorada y niña
y no sabe que está ciega!!)
AURORA. Me amas, Gonzalo, me amas?
GONZ. Te amo con el alma entera,
y por ahorrarte una lágrima,
por esquivarte una queja,
por excusarte un suspiro,
por encontrarte serena,
diera mil veces gozoso
cuanta sangre hay en mis venas!
AURORA. Te creo, quiero creerte!
Me amas!... y por qué me dejas?
no quiero ¿lo oyes? no quiero!
de pensarlo se me quiebra
el corazon, que se va
á donde tus pasos suenan.
Te he presentido en mis sueños,
tu voz hasta mi alma llega,
y el eco que allí levanta

es el soplo que me alienta!
Por qué me quieres dejar?
si tienes padre, que venga;
flores hay en mi jardin,
de amor está mi alma llena;
si tienes amor y flores,
qué mas buscas en la tierra?

GONZ. Desdichado de mí!

AURORA. Lloras,
Gonzalo, y tu llanto quema,
y todo mi ser abrasa,
y toda mi sangre hiela!
Por qué lloras, si te amo?

GONZ. Ay de mí! nunca te viera!

AURORA. Ver? qué es ver?

GONZ. Oh!

AURORA. Esa palabra
me estremece y me enagena:
esa palabra la he oido
otras veces, pero era
tan niña!... y mi padre luego
reñia tanto á la dueña!...
Gonzalo, Dios nos escucha,
Dios nos escucha! no mientas.
Dices que has saltado el muro
para *verme* más de cerca,
que la *clara luz* del sol
en mi rostro se refleja,
y yo no sé lo que es luz,
y tus palabras despiertan
todo un infierno de dudas
dentro de mi alma inquieta.
Dime la verdad!

GONZ. Dios mio!

AURORA. Dime qué inquietud es esta,
dime si soy una loca,
con la que las gentes juegan,
á quien engaña su padre,
á quien el mundo desprecia,
á quien hasta el cielo mismo
tiene una gracia que niega!

GONZ. Ten piedad de mí!

AURORA. Piedad!
piedad y no me contestas!
ni me amas, ni me has amado,
ni sabes amar siquiera!

GONZ. No, prefiero hablar, hablar
antes que en mi amor no creas.
Alguien llega, aguarda.

AURORA. No.

GONZ. (Su honra... Oh, Dios, que no me vean.)
(Salta la muralla.)

ESCENA XII.

AURORA, GINÉS, vendados los ojos.

GINÉS. Canastos, cómo me escuece,
nada arriesgaba en la prueba
y sin embargo, tenia
un miedo cerval: la ciencia
puede que adelante mucho,
pero me escuece de veras!
Qué interés tendrá ese médico
en hacer esta experiencia
en mí?... ay! ay!

AURORA. Ay! ay!

GINÉS. Hay eco?

AURORA. Quién suspira?

GINÉS. Quién se queja?

CANTO.

AURORA. Qué ruido es ese?
quién anda ahí?

GINÉS. Percibo pasos
de codorniz.
Eres la dueña
de este jardin?

AURORA. Sí.
Sí.

GINÉS. Pues esto traigo

(Da una carta, que Aurora no acierta á coger, y cae al suelo.)

yo para tí.
Es una carta,
carta de amores,
que á chorros vierte
luz y colores.

AURORA. La luz! oh! dime
lo que es la luz!

GINÉS. Buena pregunta!
no la ves tú?
(Ay, que me agarra
por el testuz;
no tiene esta niña
sentido comun!)
La luz es una cosa
clara, muy clara,
que se ve con los ojos
que hay en la cara;
cuando se niega
á ver la luz la vista,
la vista es ciega.
Y aquel que no ve,
se rompe la crisma
si se le va un pié.

AURORA. Ciega! esa palabra
yo la adiviné;
el llanto que vierten
mis ojos no ven!

GINÉS. Es mi compañera;
tonto es el doncel
que para una ciega
escribe un papel.

AURORA. Ciega! sí, sí!
Hé aquí la pena que oprimia;
hé aquí el vacio que yo sentia;
la noche eterna que llevo aquí;
la luz que al mundo entero da alegria,
no es luz para mí!

GINÉS. Ciega! sí, sí!
Cómo demonios no lo sabia?...
pues bien veia que no veia!

ó tiene poco, poco de aquí!
Este asunto va mal y no hay tu tia,
hay leña para mí.

HABLADO.

AURORA. Ciega! á mí su luz me niega
el sol que á todos da Dios!
GINÉS. Hija, aquí ya somos dos!
AURORA. Ciega! soy ciega! soy ciega!
Gonzalo!
GINÉS. El novio! Me oculto:
si viene me va á zurrar.
AURORA. Padre!
GINÉS. Á cuántos va á llamar?
Buena idea! escurro el bulto.

ESCENA XIII.

AURORA, JUAN.

JUAN. Aurora!
AURORA. Padre, ya sé
que soy ciega!
JUAN. Santo cielo!
AURORA. Por qué tengo aquí este velo?
por qué soy ciega, por qué?
Amo á un hombre!...
JUAN. Le amas? ah!
y ese hombre te dijo?...
AURORA. Sí,
que me amaba, y ¡ay de mí!
como soy ciega se va;
quiero encontrarle y no puedo,
teme hallar mi pie el vacío...
Gonzalo, ven, amor mio!
que estoy ciega y tengo miedo!
Padre que me diste el ser,
por el que murió en la cruz,
dame la luz! oh! la luz!
yo quiero ver, quiero ver!

Doctor. Don Juan!
Aurora. Te llaman, de dónde?
no es mi Gonzalo quien llega?

ESCENA XIV.

DICHOS, el DOCTOR.

Doctor. Aurora!
Juan. Sabe que es ciega!
Aurora. Gonzalo! No me responde!

CANTO.

Juan. Ese Gonzalo
quién es, quién es?
Aurora. El que mi pecho
supo encender,
el que mi alma
lleva tras él!
Juan. Y mi amor? hija,
mi solo bien,
prenda del alma!
Aurora. Yo quiero ver!
Doctor. La fiebre la asalta!
Dios mio, que haré!
Aurora. Él huye de mí,
seguirle no sé,
qué soy en el mundo
sin luz y sin él?...
Juan. Mi amor!
Aurora. No me basta..
Doctor y Juan. Oh!
Aurora. Yo quiero ver
para ver al que amo
siquiera una vez!
La luz á mis pupilas
volvez, señor, volvez!
Juan. Aunque desamparada
quedára mi vejez,

la luz á sus pupilas
volved, señor, volved!

GONZ. Aurora mia! (Dentro.)

AURORA. Es él, es él!

GONZ. Hechicera niña
de mi corazon,
la desdicha tuya
sabes por mi amor.
Léjos de tí muera
qüien te la causó:
toda el alma llora
al decirte adios!

TODOS. Es él, es él, vibrar
yo siento aquí su voz.

ESCENA XV.

DICHOS, JESUSA, llevando á GINÉS.

JESUSA. *Nosce mihi.*

GINÉS. Jesucristo! (Quitándose la venda.)

AURORA. Yo quiero ver!

GINÉS. Yo no, no quiero ver,
lo primero que he visto
ha sido mi mujer.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un gabinete con tres balcones al foro, puerta de entrada, otras dos puertas izquierda.

ESCENA PRIMERA.

JESUSA, sola.

CANTO.

Le ando buscando
por los rincones,
no sé ese pérfido
dónde se esconde.
Yo soy la Dido
abandonada,
que sin su Eneas
no quiere nada.
Y ántes se me olvidaria
la lengua de Ciceron,
que el recuerdo pretérito
de nuestro amor.
Y si porque yo declino
él no quiere conjugar,
permita Dios que se vea
sin ver jamás;
porque no es justo,

que una mujer
pierda á su marido
en un dos por tres.
Como le llegue á coger,
como le llegue á pillar,
ni el ejército de Jerjes
me lo puede ya quitar.
Y voy á ponerme el manto
en vez de toca otra vez,
que me hacen mal á la cara
las tocas de la viudez.
Y yo quiero que sea un participio
sicut erat in principio.

ESCENA II.

JESUSA, el DOCTOR.

HABLADO.

DOCTOR. Le encontrásteis?
JESUSA. No señor:
pues eso es lo que me aflige.
DOCTOR. Es cuenta vuestra buscarle,
encontrarle y persuadirle
á que venga, y yo me encargo
de todo.
JESUSA. Oh médico insigne,
tres veces beato; el alma
atribulada te rinde
gracias, porque te interesas
por la que en su viudez triste
ansiaba pasar cuanto ántes,
de la Estigia el negro límite
en el barquichuelo frágil
de Aqueronte, como dice...
DOCTOR. Por dónde se huyó?
JESUSA. No sé;
como que tú la luz diste
á *oculos que non videbant*,
al mirar mi vera *efigie*,
si me miró como uno
supo correr como quince.

Así otra vez el ingrato,
hace bastantes abriles,
tomó la fuga llevándose
mis pocos maravedises:
y yo más fiel que Cleopatra,
más consecuente que Isis,
más filósofa que Sócrates
y más grande que Temístocles,
en vez de ser para él
justiciera como Arístides,
le deseé á todas horas
las venturas de Polícrates,
de Matusalen los años,
de Creso las rentas pingües:
porque aunque él me dejó, como
á Calipso dejó Ulises,
cuando en forma de Mentor
le hizo Minerva partirse,
sicut erat in principio,
yo le amo firme que firme,
y yo le sabré encontrar,
labor improba omnia vincit,
que no en vano el cura párroco
nos rezó en sendos latines
la Epístola de San Pablo,
y dijo: *Conjungo tibi.*
Todo el trabajo lo vence:
yo he de encontrarle y *pax Christi*;
donde le encuentre le agarro
y le traigo entre alguaciles,
que él es mi marido, y yo
debo ser su mujer: *dixi.*

ESCENA III.

EL DOCTOR.

Ó no da con él el diablo
ó da la dueña con él;
que el deseo trasnochado
alas la pone en los pies.
Siento haberle dado al mozo

vista, porque si la ve...
en fin, bien hice en soltarla
así á guisa de lebrel.
¿Cómo entró aquí siendo ciego,
y por qué vino, por qué?
los criados juran y juran
que no le abrieron: pardiez,
ese hombre ha de saber algo
que nos convenga saber.

ESCENA IV.

DOCTOR, JUAN.

DOCTOR. Qué hace Aurora?
JUAN. Reza y llora,
y yo he llorado tambien,
y he rezado porque temo
volverme loco á mi vez.
Mal haya quien á traicion
la hirió en el alma, cruel...
DOCTOR. Paso, que el dolor os ciega:
el amor tributo es
que dan las almas á Dios,
y no es de cristiana ley
rebelarse porque cumplan
las almas con su deber;
sois desdichado, es verdad;
pero pudiérais tal vez
serlo más; Dios no permita
que eso llegue á suceder:
rogadle en vez de ofenderle,
y quizá os salve la fe.
Hablásteis á Aurora...
JUAN. Sí;
y en vano.
DOCTOR. En vano tambien!
JUAN. He rogado, he suplicado,
he procurado encender
su deseo: en vano todo;
á sus ojos, que no ven,
he presentado otro mundo

lleno de sol, de placer,
de armonia; llora y calla,
la operacion es cruel,
y la repele medrosa
su condicion de mujer.

DOCTOR. Así será, pero...

JUAN. Sí.

DOCTOR. Me asusta esa languidez.
Vos creeis que es solo el miedo
lo que la detiene?

JUAN. Pues.

DOCTOR. Que la frialdad del acero
ó el hierro candente es
lo que atribula su espíritu,
y á la esperanza de ver
la luz, renuncia por eso?
engañado estais á fe!
Esa niña delicada,
endeble como la veis,
flor que amenaza quebrarse
del viento al menor vaiven,
tiene el valor de morir
sabiendo que muere.

JUAN. Qué?

DOCTOR. Que muere, y lo sabe, y calla,
y hasta he llegado á creer
que al sentir cerca el descanso,
se regocija tál vez.
Vive de la calentura
que la consume su sér;
pero ese estado febril
aumenta su languidez.
Y en fin, yo, doctor y todo,
pese á mi inmenso saber
en medicina, no veo
más medicina que él.

JUAN. Él? que ha saltado mis tapias,
insultado mi vejez;
el que se introduce artero
en mi casa...

DOCTOR. Y qué sabeis
lo que quiere ó lo que intenta,

si solo ha entrado una vez?
Creéisme vuestro amigo?

JUAN. Sí.

DOCTOR. Creéisme hidalgo?

JUAN. Tambien.

DOCTOR. Teneis fe en mí?

JUAN. Toda entera.

DOCTOR. Don Juan, dejadme pardiez,
que haga mia la honra vuestra;
dejadme traer al doncel;
débale la vida Aurora;
cobre la vista, y despues
tenemos, si cumple mal,
tiempo de matarle bien.

JUAN. Teneis razon, que ella viva...

DOCTOR. Y ya veremos despues.
Id, prevenidla vos mismo,
animad su timidez.

JUAN. Pero él vendrá?

DOCTOR. De seguro.
Y si no voy yo por él,
aunque supiera cazarle
como una fiera, con red.

JUAN. Quién es ese hombre?

DOCTOR. Idos, ese
es quien me le ha de traer.

ESCENA V.

GINÉS, DOCTOR.

DOCTOR. Iba á ir en tu busca.

GINÉS. Sí?
Pues yo os buscaba tambien;
me alegro que mútuamente
nos busquemos.

DOCTOR. Tú, por qué?
Te trae la gratitud?

GINÉS. Cá.

DOCTOR. El remordimiento?

GINÉS. Eh?
me trae el humor que tengo,

que es más negro que la pez;
me trae la cólera pura,
porque me habeis hecho el sér
más desdichado de todos
los seres que andan á pié,
y os ódio y os abomino,
y os voy á armar un belen....

DOCTOR. Así me pagas!

GINÉS. Así.

DOCTOR. Qué es lo que quieres?

GINÉS. Un juez
que tenga ingenio y justicia,
lo cual no es poco tener.
Yo era ciego, y no veia
porque estaba ciego, pues;
como el mundo estaba á oscuras
yo le encontraba muy bien,
que es preferible cegar
á mirarle tal cual es.
Me dais luz, y lo primero
que veo es á mi mujer,
más fea que de costumbre,
y eso que siempre lo fué.
Cuando era ciego, jamás
me hurtaron un alfiler,
y hoy que veo como uno,
vió un ratero como diez,
y me ha hurtado vuestra bolsa,
que no supe guardar bien.
Voy á la taberna, donde
acostumbraba á comer,
y hallo sin color el caldo
y veo sucio el mantel.
Tres mozas que amaba al tacto
voy á buscar, y pardiez,
que aunque hallo el pecado feo,
hallo más feas las tres.
Salgo á la calle y tropiezo,
yo que antes no tropecé,
me levanta compasivo
un hombre, y el hombre es
un acreedor que se acuerda

de cosas que yo olvidé.
Me voy á cantar al barrio
que me daba de comer,
y me dicen los vecinos:
«Á la sopa, que ahora ves.»
Y al decir que veo, un coche
por poco me parte un pié.
Y sin decir agua va,
agua vino sin llover,
del balcon de una pelona
enferma de no sé qué.
Y más raido que capa,
más corrido que lebrel,
más alcanzado que liebre,
más escamado que pez,
aquí me vengo á deciros
que mi daño repareis,
y me haré justicia yo
si no me la hace la ley,
porque he visto que está visto
que ya no se puede ver.

DOCTOR. Concluiste?

GINÉS. Concluí.

DOCTOR. Ahora empiezo yo á mi vez
Ya que ves...

GINÉS. Ójala no...

DOCTOR. Mírame la cara bien,
y dime si tengo cara
de dejarme estremecer
por las necias alharacas
de un truhan, ni de diez.
Ahora mira á ese balcon,
porque es muy fácil, Ginés,
que antes de tomar la puerta
te haga yo bajar por él.
Desde cuándo me conoces?

GINÉS. Desde cuándo? desde ayer.

DOCTOR. Pues desde ayer tienes síntomas
de una enfermedad cruel,
que voy á hacer que te cure
el tribunal de la fé. un escribano y un jue
Y ó te encierro por perjuro,

ó te arranco aquí la piel,
ó me dices la verdad.

GINÉS. De lo de la chica?

DOCTOR. Pues.

GINÉS. Luego yo truhan y todo
os convengo?

DOCTOR. Puede ser.

GINÉS. La muchacha tiene un novio.
Y es muy natural tener
un novio; vaya, á su edad,
me acuerdo que yo tambien...

DOCTOR. Cómo entraste aquí?

GINÉS. Subido
á costillas de un doncel,
á quien hice igual servicio
para bajarse despues.
Yo le hablé de mi conciencia
por saber el precio, y él
me juró que amaba mucho
y jugaba limpio.

DOCTOR. Ven.
Le conoces?

GINÉS. Por la voz
le podria conocer.

DOCTOR. Vamos.

GINÉS. Si hallo á Jesusa...

DOCTOR. Jesusa tiene esta vez
más doblas dentro del cofre
que dias de vida.

GINÉS. Eh?
pues no está muy aviejada,
y ella al cabo es mi mujer.
Eso sí, pero con todo...

DOCTOR. Vamos.

GINÉS. Vamos, yo veré...

ESCENA VI.

JUAN.

Rindióla al fin la fatiga
y descansa al parecer.

No puedo verla dormir!...
Su lívida palidez
me estremece á pesar mio!
En su rostro no se ve
nada que anuncie la vida,
nada que revele el ser.
Yo voy á volverme loco!
Pobre paloma sin hiel,
por qué buscar otro amor
que el amor mio, por qué?
Loca de amores y ciega!
Cuánto dieras por poder
beber el dulce veneno
que contiene este papel!
Oh! que venga ese hombre, sí,
que sane Aurora, y despues
tenemos, si cumple mal,
tiempo de matarle bien.

ESCENA VII.

JUAN, AURORA.

AURORA. Por qué me dejas, padre?
JUAN. Aurora mia!
no descansabas?
AURORA. Sí; confusamente
mis ideas hirviendo en mi cerebro
llegaron á rendirme, á adormecerme;
el calor de tus besos disipaba
las nubes de pesar que hay en mi frente.
Dulces besos de amor, que te volvia
el corazon con sus latidos débiles.
Me faltó tu calor, y he despertado,
y he venido á buscarte: no me dejes,
JUAN. Aurora...
AURORA. Junto á tí siento la vida,
vida que por instantes languidece,
y que el calor de mi pasion consume
y entre un vapor de lágrimas se pierde.
No abandones la flor de tus amores
cuando va á marchitarse para siempre.

Ven aquí, ponte aquí, más á mi lado.
Yo quisiera tener para quererte
otra alma, como el alma que tenia
para amar mis amores inocentes.

JUAN. Serénate, mi bien. Fantasmas vagos
quiméricos abortos de la fiebre
trastornan tu razon, pobre ángel mio,
y hacen que acaso sin querer blasfemes.
No quieres ya á tu padre? al pobre viejo
que vive para tí tan solamente,
que apartó los abrojos de tu senda
para que libre y sin pesar corrieses,
que te enseñó á rezar!... Aurora mia,
te acuerdas cuántas veces, cuántas veces,
sobre el pecho crucé tus manecitas,
hermosos copos de templada nieve,
y murmurando frases de la Salve
te arrebataba entre sus alas ténues
el casto sueño de la infancia pura,
y por no despertarte y que durmieses,
si el sol poniente te dejó en mis brazos
en mis brazos te hallaba el sol naciente!
Destello de la luz de mis pasiones,
herencia de un amor que ni la muerte
pudo borrar del alma enamorada,
que vive fiel á su recuerdo siempre,
tú sostienes mi fe con tu cariño,
tú mis caducos años reverdeces;
bendita seas por el bien que haces,
luz de mi corazon! qué hermosa eres!

AURORA. Padre del alma!

JUAN. Sí, tu padre, Aurora,
que un tesoro de amor para tí tiene,
y que, á excepcion de Dios, al mundo entero
te disputára con valor potente.
No me hables de abandono, es imposible
que te pueda dejar y que me dejes.
Eres el lazo que me liga al mundo,
el mágico hilo de oro que detiene
la carrera del tiempo, y á mis años
los muertos brios juveniles vuelve.
Morir tan niña, tan hermosa y pura!

Dios no puede quererlo, no lo quiere.
Lo ves? estoy llorando como un niño,
esa fatal idea me enloquece.

AURORA. Padre.

JUAN. Tú vivirás, de Dios lo espero,
recursos el saber humano tiene
que ayudarán tu juventud, rompiendo
el negro manto en que tu sér se envuelve,
y entónces tú, recien nacida al mundo,
cuando tus ojos, á la luz despierten,
verás que Dios es luz, y de adorarle
sentirá tu alma el celestial deleite.
Cómo amarás la vida! verás juntas
las frescas flores, las olmedas verdes,
verás tu cara en el cristal del rio,
que el fresco envia á las doradas mieses,
y en la pálida aurora, Aurora mia,
una aurora tan limpia cual tu frente.

AURORA. Ay, padre, que te engañas y me engañas.
Si yo en el corazon llevo la muerte!
Si aunque llegase á ver la luz del dia,
la luz de mi alma se apagó por siempre.
Qué importa que mis ojos mirar puedan
las frescas flores, las olmedas verdes,
si al ver mi cara en el cristal del rio
ha de aumentar mi llanto su corriente!
No puede el mismo sol dar luz al alma
que solitaria y sin su amor se muere.
Á quien ha de vivir ciega de amores,
qué le importa, señor, cegar dos veces?

MUSICA.

AURORA. Era mi amor, oh padre,
el bien del alma mia,
la luz entre mis sueños,
entre mis sombras guia;
dejad que vaya el alma
al cielo por su amor.

JUAN. Me duele el alma
de su dolor,

no encuentra en ella
eco mi voz,
y al cielo sube su alma enamorada
en busca de su amor.
Tal vez la carta
de aquel galan,
sus tiernas fibras
haga vibrar.

JUAN. «Aurora mia, luz de mi amor!
Luna en mis noches, sol de mi dia.»

AURORA. Esas palabras... él las decia.

JUAN. «Vaso de esencia, luz y armonia.
Tú eres el ángel que yo sentia.»

AURORA. Seguid!

JUAN «Te adora mi corazon.»

AURORA. Gran Dios,
esas palabras enamoradas
llenan de vida mi corazon.
De dónde sabes
lo que él decia?

JUAN. Es una carta
que te escribiá,
y jura en ella, que á perderte un dia,
moriria por tí.

AURORA. Ay, ¡si ese dia llegó!

JUAN. No, no, niña de mi vida, no.

AURORA: Dejad que vuele el alma
en busca de su amor;
dejad que corra ¡oh, padre!
mi llanto abrasador.

JUAN. No, niña, no, no debes tú morir,
no dejes á tu padre, Aurora, solo aquí.

AURORA. Qué espero ya en el mundo,
qué puedo conseguir?
Perdieron ya las flores
su aroma para mí.

HABLADO.

AURORA. Dios, que partió mi alma en dos,
manda que mi alma que llora
vaya de la muerte en pos.

ESCENA VIII.

DICHOS, el DOCTOR, GONZALO.

GONZ. Aurora!
AURORA. Gonzalo!
GONZ. Aurora!
AURORA. Qué bueno, qué bueno es Dios!
Qué hermosa es la vida así!
No más pena, no más llanto;
vivir! vivir!
JUAN. (Y entre tanto,
ni un recuerdo para mí.)
GONZ. Don Juan, quien os ofendió
enmienda su falta ahora,
y ojalá me amára Aurora
tanto como la amo yo.
AURORA. Y lo duda?
DOCTOR. Y hace bien,
razon le sobra al dudar,
que mal pueden comparar
los ojos cuando no ven.
Cuándo en los suyos verás
la fuerza de su sentir?
los labios suelen mentir,
pero los ojos jamás.
AURORA. Ah!
DOCTOR. Del alma espejo son,
y con misteriosa tinta
tan solo en ellos se pinta
el amor del corazon.
AURORA. Yo juzgo por sentimiento,
y yo con divino instinto,
si por no ver no le pinto,
aquí en el alma le siento.
DOCTOR. Dios, dió clavado en la cruz
vista á un ciego. Quien no ve,
ni ama del todo, ni cree.
AURORA. Oh!
DOCTOR. Dios es luz, Dios es luz!
(En este momento en que Aurora se decide á resistir

la operacion, todos los personajes la rodean, esta escena es viva; y no pongo más notas, fiándolo todo al talento de los actores.

AURORA. Amor! y luz!
GONZ. Sí, alma mia.
AURORA. La luz! (Con resolucion.)
TODOS. Oh!
AURORA. De Dios la espero.
Yo quiero verle, yo quiero
amarle más todavía!
DOCTOR. Venid.
AURORA. No, no; con los dos.
Ven, padre, estás junto á mí?
JUAN. Quién me arrancará de tí?
AURORA. Ahora, que me ampare Dios.

ESCENA IX.

GINÉS, JESUSA.

GINÉS. Pobre chica, va á pasar
un rato... por ver al novio
las mujeres, son capaces
de saltarse los dos ojos;
es mucho afan...
JESUSA. Sí, será;
pero causa tanto gozo
ver el rostro que se ama...
GINÉS. Tienes razon, cuando es rostro!
JESUSA. *Quosque tandem abutere...*
GINÉS. Dale, no me hables en moro.
JESUSA. Si esta es la lengua del Papa.
GINÉS. Pues no lo entiendo y me embrollo,
y si quieres que vivamos
otra vez como dos tórtolos,
hazme tu administrador
y habla en castellano, y poco.
Y aquel comadron?
JESUSA. Si quieres
que te lo confiese todo,
él me curaba dos fuentes.
GINÉS. Que tienes dos fuentes? Cómo?

JESUSA. Sí tal, una en cada pierna.
GINÉS. Ya, por eso está tu rostro
tan colorado y tan... Bárbaro
de mí... si soy lo más topo...
JESUSA. Yo tengo salud...
GINÉS. Es claro,
viertes la salud á chorros.
(Ah! quién me dijera á mí
que me echaria en remojo!)
AURORA. Ay! (Dentro.)

CANTO.—DUO.

JESUSA. Pobre niña!
GINÉS. Empieza
la operacion.
Como recuerdo la mia,
me entra un sudor...
JESUSA. Ojalá que ella vea
á su doncel,
tan cerquita cual veo
á mi Ginés.
Ay, quién diria
que al amor auxiliara
la cirujia.
Bien haya, amen, la mano
del diestro cirujano
que me volvió mi bien,
bien haya, amen.

—

GINÉS. (Me largué de mi casa
para no verla,
y al recobrar la vista,
la hallé más fea.
Quién me diria
que á ella al fin me juntára
la cirujia!)
JESUSA. Qué dices?
GINÉS. Nada.
JESUSA. Alma de chopo,
no se te ocurre

ningun piropo?

GINÉS. Que bien haya la mano
del diestro cirujano
que me volvió mi bien,
bien haya, amen.

JESUSA. Solo en tus brazos,
mi bien, existo,
vuelve á estrechar los conyugales lazos.

GINÉS. (Más pasó por nosotros Jesucristo.)
(La abraza.)

ESCENA X.

DICHOS, D. JUAN, GONZALO, DOCTOR.

FINAL.

DOCTOR. Ese balcon
cerrad, Gonzalo;
el otro vos,
no le hiera de pronto
la luz del sol.
(Cierra cada uno un balcon.)

GINÉS. (Hallo á mi mujer á oscuras,
mucho mejor.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, AURORA, con los ojos vendados.

AURORA. No se por qué
vacila el pié,
¿qué rudo afan
me agita el corazon?
ciega viví
y hoy ¡ay de mí!
la oscuridad me llena de terror.
Último resto de mi esperanza,
ah! no me dejes verte partir.
(Se quita la venda.)
La misma sombra! la misma sombra!
Dios no ha tenido piedad de mí!

(D. Juan abre un poco el balcon.)

Ay! ay! qué es eso!
la luz bendita,
la luz que enciende
todo mi sér.
Tu eres mi padre,
yo te adivino,
ven, que me siento
desfallecer.

(Gonzalo abre un balcon.)

Más luz, Dios mio?
Tú eres Gonzalo,
te reconoce
mi corazon.
Luz mas brillante
das á mi alma;
tú eres mi amor, tú eres mi amor!
Luz de los cielos, fuente de vida,
quiero bañarme en tu esplendor.

(El Doctor abre, y entra un rayo de sol. Aurora cae de rodillas, todos la rodean.)

Dios de clemencia, yo te bendigo,
la luz es Dios! la luz es Dios!

(Sigue el ritornelo, y dice Aurora.)

Gracias, señor, la emocion

(Besa la mano al Doctor.)

me tiene fuera de mí.
Venid á mi lado, aquí,
prendas de mi corazon,
qué feliz soy porque os vi.
Yo quise ver para amar, (Á Gonzalo.)
y ahora que puedo mirar,
si tus ojos he de ver
fijos en otra mujer...
quiero volver á cegar.

———

Habiendo examinado esta balada lírico-dramática, titulada, Luz y sombra, *no hallamos inconveniente en que su representacion sea autorizada.*

Madrid 15 *de Octubre de* 1867.

José Jover.—Manuel Tamayo y Baus.—
Luis Fernandez Guerra.